

## VI.

## UNA CARTA DE D. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

(Bologna 28 de Septiembre de 1793.)

La vida intelectual de un pueblo es base segura de su prosperidad y de su grandeza. La ciencia es la vida que produce la civilización, que procura la felicidad humana, que impulsa al hombre á buscar la perfección de su sér, que hermosea su existencia, ennoblece su destino y constituye el máspreciado ornamento de la sociedad. La literatura es el arte que realiza ó manifiesta esencial ó accidentalmente la belleza por medio de la palabra. Las bellas artes son espejo de las grandes naciones de la tierra, porque de los pueblos como de los hombres no queda, después de su muerte, más que las cosas emanadas de su espíritu; es decir, la literatura y arte, los poemas escritos y los poemas de piedra, de mármol y de color.

Así se explica que, cuando en determinado período de la historia, un pueblo tiene la dicha de poseer un eximio político, un notable poeta, un eminente literato ó un pintor insigne, que con su maravilloso pincel, su galana frase, sus acertados y profundos juicios ó sus dulcísimas inspiraciones, caracterizan una época, y después de un siglo reúnen á todo un pueblo alrededor de sus inanimados restos, lata el corazón con patriótico entusiasmo y celebre que los españoles, dando al olvido sus eternas querellas, enaltezcan unidos á los que con sus talentos tan alto levantaron el renombre español. Los hombres que con su palabra, su pluma ó su pincel son ornamento glorioso de su patria justo es que alcancen la admiración de los más y el aplauso de todos.

Entre ellos se destaca D. Leandro Fernández de Moratín, de quien tanto se ha escrito como publicado. Regenerador del teatro español, concluyó una vez con el mal gusto y preparó el camino para el triunfo de los buenos principios. Cuando su padre D. Nicolás murió en 1780, contaba su hijo D. Leandro la edad de veinte

años y trabajaba de oficial aventajado en una joyería, donde ganaba 18 reales diarios. Pero el ejemplo de su padre y el contacto con sus amigos crearon en su espíritu un desmedido amor al estudio, y cuando sólo contaba nueve años, sus primeros é inocentes amores y el origen de sus inspiraciones fueron para una hija de D. Bernardo Bernascone, íntimo amigo de D. Nicolás. La Academia Española en 1779 y 1782 premió dos composiciones del joven Moratín, que ocultaba su nombre por desconfianza de sus obras literarias; y desde entonces encontró abiertas todas las puertas y contrajo una íntima amistad con Juan Antonio Melón, que duró hasta su muerte, sirviéndole de consuelo en los trances amargos de la vida.

Desde sus primeros años sentía predilección por el teatro, sin duda inspirándose en las aficiones de su padre y donde le esperaban legítimos triunfos; pero habiéndole conocido el ilustre Jovellanos le propuso la Secretaría del conde de Cabarrús que debía pasar á París con una misión importante del Gobierno. Aceptado dicho cargo, emprendió el viaje en 1787 por Aragón y Cataluña. De Berceña fué á Montpellier y Marsella; y desde París regresó á Madrid el 8 de Enero de 1788. Tras esta época de bienandanza llegó para Moratín la de su desgracia, y encarcelado, perseguido y calumniado, optó por buscar amparo en casa de su bondadoso tío D. Martín, y trabajó en el obrador de éste que lo tenía en la calle de las Veneras. En 1789 escribió su folleto *La derrota de los pedantes*, y en romance pidió un empleo al conde de Floridablanca, que le otorgó una prestamera de 300 ducados en el Obispado de Burgos, donde Moratín se ordenó de primera tonsura. Después obtuvo de D. Manuel Godoy un beneficio en la iglesia de Montoro de 3.000 ducados y una pensión de 600 sobre la mitra de Oviedo, dotaciones que le proporcionaron una posición holgada para poderse dedicar á sus estudios predilectos.

Esta nueva situación le facilitó el ver representada y aplaudida su primera producción dramática *El viejo y la niña* en el teatro del Príncipe el día 22 de Mayo de 1790, y el *Café* en 1792, recibiendo grandes disgustos, que le obligaron á pedir á Godoy permiso para emprender un viaje por Europa con el objeto de

perfeccionar sus conocimientos, ó tal vez huir de los compromisos á que se consideraba expuesto por su involuntaria privanza, unida á la ojeriza de los que se mostraban resentidos por sus escritos. Acababa de llegar á París, añade Aribau, cuando el día 3 de Septiembre de 1792, oye por la calle un gran alboroto, se asoma á la ventana y ve la cabeza de la princesa de Lamballe que, clavada en una pica, iba paseando en triunfo una furiosa muchedumbre, que consagró aquel día terrible á toda clase de crueldades y abominaciones. El mismo día pidió su pasaporte para Inglaterra y se trasladó á Londres horrorizado de tanto desenfreno y ansioso de contemplar por primera vez la verdadera libertad, arraigada en los hábitos populares, sin las mortales convulsiones de la licencia, sin la yermadora huella de la opresión.

Después de estudiar y penetrarse del espíritu de Shakespeare y preparar la traducción del *Hamlet*, partió de Londres en Agosto de 1793 con dirección á Italia, recibiendo de su protector un socorro de 30.900 reales para gastos de viaje. Desembarcó en Ostende, pasó á Flandes, visitó las más famosas ciudades de Alemania, atravesó Suiza y bajando á Italia por San Gotardo, se dirigió á Bolonia, donde fijó su residencia habitual, lo que no fué obstáculo para que en unión de D. Juan Tineo, varón eruditísimo y de un mérito singular, hiciera diferentes excursiones que ensancharon la esfera de sus conocimientos. En este momento histórico aparece escrita la carta de 28 de Septiembre de 1793 por D. Leandro Fernández de Moratín á su protector Godoy, entonces ya Duque de la Alcudia.

Toda ella está escrita por Moratín, y quien á los veintidós años conseguía que la Academia Española laurease la sátira que, con el nombre de *Lección poética*, escribió contra los vicios introducidos en la lengua castellana; quien se había instruído en el estudio de los clásicos griegos y latinos; quien había merecido en el teatro los aplausos de un público receloso é inteligente; quien hoy mismo es aclamado como el más insigne de los dramáticos del pasado siglo y uno de nuestros mejores poetas cómicos; quien si fué más reflexivo que inspirado no dejó de ser observador delicado y escritor discreto y de buen gusto, y representa,

no sólo la restauración de nuestro teatro, sino el que consiguió el triunfo de la escuela clásico-francesa, no podía escribir sin esa galanura en la frase y corrección en el estilo, que es condición peculiar de los grandes maestros del habla castellana.

Comienza Moratín reconociéndose agradecido á las pruebas de la bondad que su protector Godoy le habia dispensado y á la que debía la realización de su viaje de instrucción; y aunque era pasado un año desde que presenció en París los primeros horrores de la revolución, todavía aquella impresión se reflejaba en su dolorido espíritu, y decía: «Padecí mucho en este tiempo; pero si he de decir la verdad, después del peligro y el horror de aquellos espectáculos, me alegré de haberlos visto con mis ojos: la lección fué breve y terrible; pero tan útil, tan docta, que aprendí más verdades en los pocos días que viví en París, que quantas se encierran en las obras más celebradas de los políticos». Así acontece siempre cuando las muchedumbres indoctas se rebelan contra todo lo existente y riegan con ríos de sangre el árbol fecundo de la libertad y del progreso. Pero el dolorido acento de Moratín prueba que, antes del 28 de Septiembre de 1793, no habia transmitido sus impresiones en París á su protector Godoy, y que, á pesar de haber transcurrido más de un año desde el 3 de Septiembre de 1792, la impresión habia sido tan fuerte, que el tiempo no logró desvanecerla.

Después reseña Moratín su estancia en Inglaterra, su viaje por mar donde creyó perecer, y su excursión por Flandes, Alemania, Suiza é Italia hasta llegar á Bolonia desde donde escribía, y acaba por solicitar la plaza que en Madrid desempeñaba el célebre Bayer, que estaba viejo, ó la de bibliotecario de San Isidro que corría á cargo de D. Miguel de Manuel. Termina la carta con estas discretas palabras: «Mi deseo es ser útil y por medio del patrocinio de V. E. lograr en mi patria un destino decoroso, donde al mismo tiempo que descanse de tan largas y molestas peregrinaciones, pueda con las conveniencias de una moderada fortuna cuidar de mi salud, aplicarme exclusivamente al estudio, vivir en paz, y hazer algún bien á mis semejantes.» Aún tardó Moratín tres años en regresar á España. A su llegada se encontró nombrado secretario de la interpretación de lenguas;

después obtuvo el cargo de director de teatros, que renunció; y tras el *Barón* y la *Mogigata*, se representó el 24 de Enero de 1806 su obra maestra *El sí de las niñas*, que consolidó su renombre. Con la caída del privado Godoy, llegaron días de prueba para Moratín. Unido en estrecha amistad á D. Manuel Silvela, recibió en 1811 de José Bonaparte el título de Bibliotecario mayor, en que cesó en 1812 al abandonar el ejército francés el suelo español. Retirado en 1818 á Montpellier, ya no quiso regresar á España, cobijándose en el hogar de su último amigo Silvela, á quien entregó cariño y bienes el 21 de Junio de 1828.

Deseando investigar si alguno de los biógrafos de D. Leandro Fernández de Moratín, mencionaba la carta de 28 de Septiembre de 1793, que original posee la Academia, comenzamos por estudiar la edición de Paris de 1825, que corrigió su propio autor, y que es una recopilación de las obras dramáticas y líricas que se habían impreso antes en varios lugares, tiempos y tamaños, y que no siempre fielmente impresas andaban en manos de los estudiosos. Muerto Moratín, la Real Academia de la Historia, con el objeto de ensalzar la fama póstuma de su autor, resolvió hacer una edición completa y esmerada de sus obras, teniendo la dicha de encontrar y adquirir el manuscrito inédito que el mismo Moratín escribió acerca de los *Orígenes é historia del teatro español desde sus principios hasta la época del famoso Lope de Vega*. La publicación de la Academia forma cuatro tomos en 4.º impresos en Madrid en 1830 y 1831; pero además de los obras de D. Leandro Fernández de Moratín sólo contiene un prólogo de la Academia, una noticia de la vida y escritos de Moratín, y los orígenes é historia del teatro, antes referido. En 1841 se reimprimieron en seis tomos, algunas de las obras de Moratín, comprendiendo en ellas la traducción de *Hamlet* anotada; el auto de fe celebrado en Logroño el 7 y 8 de Noviembre de 1610; y el *Catálogo general de comedias* escritas por autores españoles, redactado por D. Vicente García de Huerta. La Biblioteca de autores españoles, glorioso monumento levantado á las letras patrias, dedicó su tomo II en 1846 á las obras de D. Nicolás y D. Leandro Fernández de Moratín, é insertó al frente de las del primero la vida escrita por D. Leandro, por voluntad de su padre; y D. Buenaventura Car-

los Aribau trazó la del segundo, enriqueciéndola con muchos y valiosos detalles, que nadie ha rectificado desde entonces. Reprodujo los *Orígenes del teatro español* y publicó como discurso preliminar á las comedias, el prólogo que sirvió para la edición de 1830. Como D. Leandro Fernández de Moratín legó sus manuscritos á D. Manuel Silvela que escribió su biografía, y de éste pasaron á su hijo D. Francisco Agustín, de quien los adquirió el Gobierno de S. M., se mandó por Real orden de 10 de Marzo de 1866 que se publicaran los escritos del insigne dramaturgo, todavía inéditos, y con efecto, en 1867 se publicaron en tres tomos, á expensas del Gobierno, las obras póstumas de Moratín, precediéndola la vida escrita por D. Manuel Silvela, tan rica en datos, como veraz y sentida; varios datos acerca de sus obras y viajes, y 297 cartas á diferentes personajes de su intimidad, pero ninguna de ellas al Príncipe de la Paz, á quien no obstante se le dedica un romance en el tomo III.

Después de estas publicaciones, D. Manuel Silvela, nieto del que recibió los últimos suspiros de Moratín, al tomar posesión de su plaza de académico de número en la Española de 25 de Marzo de 1871, escogió como tema de su discurso *De la influencia ejercida en el idioma y en el teatro español por la escuela clásica que floreció desde mediados del postrer siglo*, y en él hizo un merecido elogio de Moratín que obligó á decir á D. Antonio Cánovas del Castillo que le contestaba, que lo mismo Meléndez que Moratín, merecían con justicia los títulos de restauradores, el uno de la poesía lírica, y el otro de la dramática; y quejándose del retraso en dar reposo á sus cenizas, terminó diciendo: «Si alguna vez (cual deseo más que espero), se trata de remediar esa falta, séame lícito pedir desde ahora, que Meléndez Valdés y Moratín no queden para los últimos, porque, tales como ellos fueron, constituyen verdaderas glorias nacionales; y bien que el período literario que personifican se preste á censuras y aplausos, nunca deben escatimarles su respeto los que todavía no es seguro que hayan creado otro mejor.» Sólo eran pasados seis años, y el Sr. Cánovas del Castillo escribía un prólogo á la obra de D. Pedro Novo y Colson *Autores dramáticos españoles*, en que trataba magistralmente del *Verdadero origen, historia y re-*

*nacimiento en el siglo presente del genuino teatro español.* Allí se insiste en el juicio formado acerca de Moratín, y al comenzar los apéndices, dice: «Pocos admiradores tiene Moratín que lo sean tan de veras como yo lo soy. Sus comedias, sus obras en prosa, su versificación lírica, todo me encanta. Fáltale, es verdad, á su poesía elevación, y le falta ternura; pero él tampoco alardeó de poseerlas. Lo que tuvo, túvolo como nadie.» En dicho apéndice se insertan varias cartas de Moratín al Duque de la Alcudia desde Londres en 14 de Diciembre de 1792, proponiéndole la creación de la plaza de director de teatros españoles de Madrid, propuesta que en 4 de Enero de 1793, pasó á informe del Corregidor D. Juan de Morales Guzmán y Tevas, quien lo evacuó muy discretamente en 28 de Octubre del mismo año, enviando en 1797 otro plan de reforma opuesto al de Moratín. No existe, pues, la menor mención de la carta de 28 de Septiembre de 1793, y lo único que se lee á su margen es, que en 19 de Diciembre del mismo año, se acordó preguntar al Corregidor de Madrid en qué estado tenía el manuscrito que se le remitió de Moratín, ó sea plan de arreglo de los teatros. Luego no podía ser el que informó el 28 de Octubre de 1893, sino tal vez el que combatió en 1797.

Finalmente, nuestro compañero D. Marcelino Menéndez Pelayo, en la obra que titula *Historia de las ideas estéticas en España*, y que es un asombroso estudio de erudición y de saber, dedicó el capítulo III del volumen II del tomo III, á discurrir acerca del desarrollo de la preceptiva literaria durante la segunda mitad del siglo XVIII y primeros años del XIX, y comenzando por asentar el triunfo de la escuela clásica, pasa magistral revista á todos los escritores de dicha época, y al tratar de Moratín dice: «En realidad apasionados somos, aunque no de la totalidad de sus obras, ni quizás por las mismas razones que otros.» «Moratín es de la familia de Terencio: ambos carecen de fuerza cómica y de originalidad, y en ambos la nota característica es una tristeza suave y benévola.» El incomparable *Sí de las niñas*, tan malamente tildado por algunos de frío y seco, y comparado por Schak con un paisaje de invierno. Yo no veo allí la nieve ni la desolación, sino más bien las tintas puras y suaves con que se engalana el sol al ponerse en tarde de otoño.

Durante el siglo que pasó, nuestros más eximios literatos é historiadores, han tejido guirnaldas de rosas y jazmines para honrar la memoria de D. Leandro Fernández de Moratín. Madrid entero se ha asociado al triste traslado de sus restos, reivindicando para la patria española la gloria que la legaron con su palabra, con su pluma y con su pincel. Permitid que el más humilde de esa Academia, deposite en su nombre, y ante la tumba de aquel insigne talento, la corona que la inmortalidad concede á las glorias nacionales.

Madrid, 11 de Mayo de 1900.

MANUEL DANVILA.

---

*Carta á que se refiere el anterior artículo.*

Bolonia, 28 de Septiembre de 1793.

Excmo. S.<sup>or</sup>

Mui S.<sup>or</sup> mío y de mi mayor respeto: quando pedí permiso á V. E. para salir de España le expuse los fines que en este viage me proponía: V. E. se dignó aprobarlos y habiéndome continuado las pruebas de su bondad, falta por mi parte que yo le manifieste las de mi aplicación, exponiéndole brevemente lo que he hecho en este tiempo, procurando desempeñar el cargo que me proponen las rectas intenciones de V. E. y mi propio honor.

Al llegar á Francia, las circunstancias eran tan fatales, que quando me proponía residir en París lo menos un año, apenas pude sufrir la permanencia de un mes. Padecí mucho en este tiempo; pero, si he de decir la verdad, después del peligro y el horror de aquellos espectáculos, me alegré de haberlos visto por mis ojos: la lección fué breve y terrible; pero tan útil, tan docta, que aprehendí más verdades en los pocos días que viví en París, que quantas se encierran en las obras más celebradas de los Políticos.

Pasé á Inglaterra huyendo de aquel Reyno infeliz y puedo asegurar á V. E. que el tiempo que he permanecido en Londres ha sido el más aprovechado de mi viage y el más laborioso de mi



vida. Compuse allí algunas obras originales, que podrán publicarse á mi vuelta: corregí otras que llevé de España, y aunque aún no hablo el Inglés, aprehendí lo suficiente para entenderle en los libros y no creo necesario ponderar á V. E. el dinero, el trabajo y el tiempo que me costó adquirir una lengua, que no tiene con la nuestra la más remota semejanza. Destiné todas las mañanas á la asistencia del Museo Británico (que es la mejor biblioteca de Londres), las noches á mi cuarto y procuré adquirir aquellos conocimientos que son más análogos á mis principios y á mi talento.

He traducido varias obras inglesas, unas de Poesía y otras pertenecientes á Historia Literaria; he estudiado las costumbres de aquella nación, sus leyes, su cultura, sus artes, sus preocupaciones, sus virtudes, sus vicios y he hecho apuntaciones sobre todos aquellos obgetos que me parecieron los más dignos de ser examinados por un observador imparcial. He visto sus establecimientos literarios, sus Museos, sus Bibliotecas, Academias y Sociedades científicas; he examinado el estado actual de su literatura y su Theatro; pero no quisiera hablar á V. E. de este último punto temeroso de molestarle ó de que presuma que le recuerdo indirectamente una solicitud, de la qual su silencio me haze que desista. Llegó el verano: le pasé con mucho trabajo (porque para mí el calor es una enfermedad mortal), y obtenido el permiso de V. E. emprehendí mi segundo viage para continuar mi instrucción y hazerme digno de la benignidad con que me favorece.

Despues de haber cruzado el mar, donde creí perecer, me dirigí por Flandes, Alemania y Suiza, á Italia, hasta esta ciudad de Bolonia. Me he detenido en donde quiera que he hallado obgetos capaces de proporcionarme nuevos conocimientos en materias de literatura, y así es que mi viage ha sido mas costoso que largo de lo que al principio me prometí. He examinado, con particular atención, las Universidades y Colegios, los Museos, Gabinetes, Galerías y Bibliotecas más célebres, y entre estas últimas las de Bruselas y Colonia, la de la Universidad de Milán, la que llaman Ambrosiana en dicha ciudad, la escogida y magnífica del Duque de Parma, donde he hallado mucho que aprender en este ramo, y también las que hay en Modena y en esta ciudad, tan famosa

en Europa por el estudio de las letras. Permitame V. E. que le diga con franqueza (aunque reservadamente) que he procurado instruirme con particularidad en este ramo, creyendo que podría llegar mui pronto la ocasion en que V. E. tubiera oportunidad de colocarme (si lo cree combeniente) en alguno de los establecimientos de esta clase que hay en Madrid. Bayer está viejo y D.<sup>n</sup> Miguel de Manuel es en mi opinion un sugeto de un merito tan distinguido que no es creible permanezca largo tiempo arrinconado entre los libros de S.<sup>n</sup> Isidro: qualquiera de estas dos plazas (y en particular la primera) seria combeniente para mí y aunque estoy mui lexos de querer igualar mi suficiencia con la de los que hoy las ocupan: mi zelo y mi aplicacion, podrian acaso suplir para el desempeño de ellas.

No he querido, Exmo. S.<sup>or</sup> hacer en esta carta una relacion de meritos; sino una relacion sucinta de mis tareas: de las quales me ha parecido necesario darle noticia en prueba del desempeño de mi obligacion. Mi deseo es poder ser util y por medio del patrocinio de V. E. lograr en mi patria un destino decoroso donde al mismo tiempo que descanse de tan largas y molestas peregrinaciones, pueda con combeniencias de una moderada fortuna, cuidar de mi salud, aplicarme exclusivamente al estudio, vivir en paz y hazer algun bien á mis semejantes.

Dentro de pocos dias llegaré á Roma, y oxalá los cuidados de V. E. fuesen menores p.<sup>a</sup> que pudiera lisonjearme de recibir alguna letra suya, por donde pudiera saber si aprueba mis ideas y si debo contar todavía con el favor de V. E. para su cumplim.<sup>to</sup>

Entretanto, ruego á Dios conceda á V. E. larga vida, salud y acierto en todo, para que la nacion agradecida á sus beneficios le ame y le venere con un amor comparable al que yo le profeso.

Excmo. S.<sup>or</sup>:

B. L. M. de V. E.,

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

Excmo. S.<sup>or</sup> Duque de la Alcuía.

---